

CAROLINE WILSON

**Carmen Martín Gaité, la autoridad femenina
y el partir de sí.***

«Pero yo no puedo partir nada más que de mis propios demonios porque no conozco otros. Sólo puedes ir a lo otro partiendo de ti mismo.»

Cuando Luce Irigaray se vió marginada por los grupos intelectuales con los que se había formado al empezar a escribir sobre la diferencia sexual, buscó apoyo en la mujer que la había inspirado, a ella y a otras muchas mujeres, Simone de Beauvoir. De Beauvoir no respondió a su búsqueda, excepto, en una ocasión, para obtener cierta información, e Irigaray se entristeció por esta razón como explica en su introducción a *Je, tu, nous*¹

La gran admiración y el respeto que muchas mujeres hemos sentido, en las últimas décadas, por algunas escritoras que nos han proporcionado, a través de su escritura, una relación con el mundo que da orden y permite nombrar lo que es difícil de nombrar, a veces se ha convertido en dolor cuando esas mismas escritoras parecen desconfiar de la relación de autoridad que emerge. Uso el término relación de autoridad, que procede de la obra y del pensamiento político de los grupos italianos Diótima y la Librería de mujeres Milán, que tratan de entender el concepto de autoridad en su sentido original; es decir, del latín, *augere*,: hacer crecer.

*. Traducción del inglés de Marina Picazo Gurina.

Yo experimenté ese dolor cuando empecé a trabajar sobre la escritora española Carmen Martín Gaité. Nacida en Salamanca en 1925, Martín Gaité se fue a vivir a Madrid a comienzos de la década de los cincuenta, y estableció relaciones con otros escritores y escritoras jóvenes que más tarde fueron conocidos como «generación de los cincuenta». Mi interés por su obra surgió en un curso sobre mujeres escritoras que seguí en la universidad.

Sin embargo, cuando empecé a leer sus libros, advertí rápidamente que a Martín Gaité no le gustaba el tipo de feminismo que la definía como *mujer* escritora. En 1979 fue a los Estados Unidos por primera vez y se sorprendió por la popularidad que tenía allí. Dijo:

«Los críticos y estudiantes norteamericanos repartidos por las más distintas universidades -localizadas en puntos que hasta hace poco eran para mí nombres borrosos e irreales en un vasto mapa de colores- le vienen dedicando a mi obra, a pesar de no estar aún traducida al inglés, una atención mucho más seria y rigurosa de la que ha merecido nunca hasta la fecha entre mis compatriotas de 1954.»²

La relación con los Estados Unidos puso a Martín Gaité en contacto con la teoría literaria feminista que se desarrolló en el mundo anglosajón en la década de los ochenta. Esa influencia la llevó a publicar en 1987 un libro llamado *Desde la ventana: un enfoque femenino en la literatura española*, donde propone la existencia de una tradición literaria de escritoras españolas, desde santa Teresa de Jesús. Pero está poco dispuesta a considerarse una crítica literaria feminista, cuando dice, al referirse a la crítica feminista de Elaine Showalter, Judith Fetterly, Sandra Gilbert, Susan Gubar, etc.:

«Pero el tono de los trabajos de esta índole que han caído en mis manos, casi siempre escritos por autoras de lengua inglesa, me ha resultado aburrido y profesoral, a leguas de distancia del humor y del temple narrativo con que Virginia Woolf se declara excluida de la patriarcal metodología de los varones doctos».³

Al encontrar en su obra una y otra vez huellas de su recelo hacia el feminismo, recelo que la prensa española ha procurado por todos los medios exacerbar, resolví leer todo lo que pudiera encontrar de y sobre Martín Gaité.

Recibió una educación poco usual para la época en la que creció, hecho que atribuye en parte al feminismo de su padre. De hecho, era tanta la importancia que sus padres daban a la educación de sus dos hijas que estuvieron dispuestos a enviarlas, cuando tenían unos 13 años, a Madrid para que pudieran ir a una escuela relacionada con la Institución Libre de Enseñanza que se estableció en España siguiendo las ideas del pedagogo alemán Krause. En realidad, el inicio de la guerra civil en 1936 provocó que la hermana de Carmen no volviese después del primer año, y que Carmen no fuese nunca. En vez de esto, acudió a la escuela pública para niñas (el Instituto Femenino) de Salamanca, y su experiencia allí se refleja en su primera novela larga, *Entre visillos*.⁴

Entre visillos ganó el premio Nadal en 1957. Anteriormente, Carmen había publicado una historia corta claramente influida por la lectura de Kafka a través de una mente femenina que, evidentemente, se sentía sofocada por la realidad provinciana en la que vivía⁵. Esta historia ha recibido poca atención de la crítica literaria. En esa época, la autora, como otras muchas contemporáneas, escribía historias cortas para las revistas literarias. Más tarde publicó esas historias en diversas ediciones y reconoció que podían haberse titulado «Cuentos de mujeres».

En *Entre visillos* Martín Gaité describe, sin una intención consciente, muchas de las limitaciones y frustraciones de las mujeres en la etapa de la postguerra. Joan Lipman Brown señala que, en relación a la educación de las niñas, explica, a nivel formal, aunque de forma sutil, que el edificio de la escuela era frío, a menudo carecía de recursos suficientes, y estaba dotado de maestros que se preocupaban poco del potencial intelectual de sus alumnas. En cambio, en el edificio vecino, con buena calefacción, se enseñaba a

los chicos y el contexto era muy diferente⁶. Con todo, ese libro, que recibió pocos comentarios, fue criticado por su retrato de la inutilidad de las protagonistas femeninas, su limitado lenguaje y sus horizontes restringidos.⁷

Esa crítica fue hecha por una mujer que probablemente no quería identificarse con las imágenes del libro. Pero tampoco lo quería la propia autora, quien más tarde dijo que esta novela había sido una catarsis para ella, una manera de distanciarse de su infancia en Salamanca y enfrentarse a su nueva vida de libertad en Madrid: «Era un mundo recién abandonado y me volvía para mirarlo como desde un puente que lleva a otra parte, como diciéndole adiós».⁸

Podría decirse que su vida y su obra estaban claramente influenciadas en aquella época por las ideas feministas que existían en España antes de la guerra civil y que la ideología franquista intentó suprimir posteriormente. Pero como dijo muchos años más tarde en su estudio de las costumbres amorosas del período de la postguerra en España, los chicos y las chicas en los años anteriores a la guerra habían visto a mujeres que rompieron con los papeles conservadores y tradicionales que les atribuía la iglesia y la sociedad, y no fueron fácilmente convencidos por la retórica de la postguerra («Los chicos y chicas de postguerra, fuera cual fuera la ideología de sus padres, habían vivido una infancia de imágenes más movidas y heterogéneas, donde junto a la abuela con devocionario y mantilla de toda la vida, aparecían otra clase de mujeres, desde la miliciana hasta la «vamp», pasando por la investigadora que sale con una beca al extranjero y la que da mítines»)⁹.

También parece claro en sus obras de ese período que escribía sobre todo acerca de lo que le era próximo, de su experiencia y de lo que podía poner en relación con lo que conocía directamente. Escribía bajo una severa censura, pero comunicaba una cierta crítica en su literatura. En su novela del año 1962, *Ritmo lento*¹⁰ escribió acerca de un protagonista que existía como un marginado social, viviendo verdaderamente a otro ritmo. Ese libro no tuvo éxito y Martín Gaité

dedicó la siguiente década a otras tareas literarias, principalmente la investigación. Al mismo tiempo, continuaba escribiendo artículos sobre temas diversos. En esos artículos empezó a tomar forma su recelo respecto al feminismo emergente. Por un lado, criticaba el creciente consumismo de la sociedad y describía con claridad la manipulación perniciosa de las mujeres como consumidoras. Por otra parte, se mostraba crítica con las propias mujeres por sus, en su opinión, falsas ideas acerca de la liberación. Sugirió que el divorcio se había puesto de moda al igual que la independencia de las mujeres pero que los temas reales, de cómo hacer algo de esa independencia, se ignoraban.¹¹

En 1971 acabó su tesis doctoral, *Usos amorosos del siglo dieciocho en España*¹² donde argumenta que un cambio sutil en las costumbres de las mujeres burguesas causó una transformación de las relaciones entre los sexos que puede considerarse un cambio significativo en la historia de las mujeres españolas.

No es sorprendente que Carmen Martín Gaité resultara una autora de interés para las feministas de los setenta y los ochenta. Después de todo, tanto implícita como explícitamente, su obra trata de las mujeres; acerca de su experiencia y sobre temas que las preocupan. Pero precisamente en ese período la autora adoptó una actitud hostil hacia «las feministas», y de forma consistente declaraba no ser una de ellas.

Mis preguntas tenían que ver tanto con las razones del rechazo de Martín Gaité respecto a un movimiento que en principio me parecía coherente con su obra y con su vida, como con el hecho de que me preocupara tanto su aparente rechazo.

Mis respuestas empezaron a llegar, principalmente, por dos vías. En primer lugar, reflexionando sobre sus novelas de los años setenta y sobre algunos elementos que se presentan en sus trabajos posteriores a esa fecha. Pero no habría sido capaz de llevar a cabo esa reflexión si no hubiese llegado a Duoda, el Centro de Investigación de Mujeres

de la Universidad de Barcelona y conocido ahí los trabajos sobre la diferencia sexual de la comunidad filosófica Diótima y de la Librería de mujeres de Milán.

Responderé aquí a las cuestiones planteadas refiriéndome a la obra de Martín Gaité y a dos de los temas más importantes del pensamiento de la diferencia sexual: la autoridad femenina y el partir de sí (*partire da sé*).

En primer lugar ¿por qué me preocupaba que Carmen Martín Gaité se mostrara escéptica en relación a las ideas del feminismo de los años setenta y ochenta? ¿Por qué me sentía personalmente traicionada cada vez que advertía, directa o indirectamente, su resistencia a un movimiento que yo no viví personalmente, pero que a través de la lectura, cuando yo tenía veinte y pocos años, me dio la orientación y energía de la que he vivido desde entonces?

No tuve experiencia directa de los conflictos con los que se enfrentó el feminismo de los años setenta y ochenta, en la etapa formativa de su expresión. Pero mucho de lo que he leído acerca de ese tiempo me hablaba y me transmitió su pasión. Crecí por tanto, en relación a esa experiencia transmitida a través de la palabra escrita. Encontré el valor para ver mi propio camino porque estaba claro que otras lo habían hecho antes que yo, y escribiendo sobre ello, me ayudaron a saber dónde mirar.

La figura política de la relación de autoridad fue concebida, en parte, para responder a la convicción de que, históricamente, la expresión de la autoridad femenina en el mundo occidental ha sido de forma consistente socavada y violada. Lia Cigarini enfatiza la importancia de la circulación de la autoridad femenina y el peligro de que esa autoridad se sitúe de forma excesivamente fija en una persona¹³. Es la autoridad femenina la que debe ser una figura en el mundo, para moverlo, transformarlo, aunque tenga que ser reconocida en gente real en situaciones reales. Tampoco debe confundirse con la toma de poder de la estructura patriarcal que, de hecho, ha sido el objetivo

de gran parte del feminismo. María-Milagros Rivera señala la confusión que existe entre el ejercicio del poder y la circulación de autoridad cuando escribe que:

«Esta asociación, una asociación no inocente, ha sido y es posible porque no ha habido apenas en la tradición política europea y americana espacio para la reflexión sobre la disparidad entre las criaturas humanas separada del concepto de jerarquía, una disparidad entre las criaturas humanas que no es fruto de la injusticia social. Una disparidad que es evidente (como es evidente, por su parte, la desigualdad fruto de la injusticia social), pero que no suele salir en la prensa ni en los libros de sociología, de historia o de teoría política que interpretan el mundo en que vivimos»¹⁴

Podría decirse que mi respuesta en relación a las que escribieron sobre el feminismo de los años setenta y ochenta era un reconocimiento de autoridad. Su lengua o, en este caso, la escritura de su experiencia y de sus deseos, establecía una relación de autoridad, un conocimiento que circula en el mundo, y me permitió buscar y expresar *mi* deseo en el mundo con más confianza y seguridad.

El alcance de esa relación, y la necesidad que de ella tienen las mujeres, surge del redescubrimiento de la historia que se realizó durante esas décadas. Se buscaba a las mujeres del pasado, cuya escritura y cuya vida fueron transmitidas por el patriarcado de forma que se desvaneciese el reconocimiento de autoridad de las mujeres hacia otras mujeres. De esta manera se hizo evidente esa ausencia y la necesidad de la autoridad femenina en la historia y en el presente.

Mi relación con la obra de Martín Gaité era coherente con esa idea y la relación de autoridad que surgió en mí en respuesta a sus palabras arraigaba a medida que seguía mis lecturas. Comprendí que ella había reflexionado sobre temas que me preocupaban a mí también: la necesidad de saber cómo estar sola, estar en relación con una misma y luego con el mundo, la imaginación y el deseo de vivir con libertad, y la voluntad de asumir el precio de esa libertad, la relación

del lenguaje con la libertad. Asumí riesgos en mi vida que no hubiera abordado si no hubiese sido por esa relación, si ella no hubiese asumido anteriormente riesgos similares y si, después, no los hubiese descrito de modo que yo pudiese entenderlos y responder a ellos.

Sin embargo, cuando la autoridad que yo reconocía en ella llegó a lo que parecía un conflicto con la autoridad que también reconocía en las feministas de los años setenta y ochenta, la circulación se detuvo, pareció romperse y yo necesitaba que esto no ocurriera. Lo cual significaba que tenía que empezar a reflexionar profundamente sobre la obra de Martín Gaité y sobre la historia del feminismo.

Quiero considerar esa necesidad de ir más lejos, ese crecimiento al que me obligaba la autoridad que yo reconocía en Carmen Martín Gaité, en relación a otro tema de la política de la diferencia sexual, el partir de sí, *il partire da sé*.

Paradójicamente, el vacío que creó en mí la distancia crítica adoptada por Carmen Martín Gaité hacia el feminismo fue lo que me llevó a comprender el significado de la política del partir de sí. Porque si no puedo hablar desde mí y de mi propia experiencia para dar sentido al mundo, ¿desde dónde hablo?

A las estructuras patriarcales de pensamiento, eso no les preocupa; y, si la tradición filosófica de este siglo se ha centrado en el tema del sujeto, ha sido un sujeto sin cuerpo, ni femenino ni masculino. La práctica del partir de sí como práctica política fue desarrollada por los grupos de autoconciencia de mujeres en la década de los sesenta. Al comprender que en ese espacio se estaba diciendo algo vital y se liberaban energías, se llegó a la conclusión de que era necesario que esas energías y deseos repercutieran en el mundo.¹⁵

Partir de sí es una práctica política que cambia el mundo de acuerdo con los deseos de las criaturas humanas que lo habitan. Por esta causa, su política puede entrar en conflicto con la política del feminismo que impone un programa desde el exterior, y desde un

exterior evidentemente embebido en valores patriarcales. La política del partir de sí no desprecia el trabajo del feminismo para cambiar esos valores, pero cuestiona los orígenes de los valores y de los deseos de modificarlos.

De modo similar, Carmen Martín Gaité en los años setenta cuestionaba los ideales y el lenguaje del feminismo. Consideraba corto de vista el rechazo de la maternidad en España, y el deseo de ser como hombres en el mundo, aclarando que para ella el orden simbólico del mundo en el que vive no es satisfactorio ni para las mujeres ni para los hombres. Criticaba en sus novelas los discursos de libertad que se originan en la política marxista y a los que ciertas feministas se unieron. Criticaba que el lenguaje se usa para controlar la realidad, para imponer estructuras externas de pensamiento y de comportamiento al mundo interno de los protagonistas, y además demostraba, de forma maestra, que el lenguaje en relación puede expresar esa nueva visión, es decir, si se deja que fluya la relación del lenguaje con el propio yo, desde el sujeto y en relación a los y las demás. Mostraba, sobre todo, que el lenguaje puede crear comunicación, relación, de un orden diferente del que nos ha sido dado.

Comprendí, pensando en su obra, lo que Carmen Martín Gaité busca y ha buscado, en sus escritos, en diferentes formas: ser fiel a sí misma y a su experiencia y conocimiento del mundo y comprometerse a escribir esa fidelidad en su obra. En su crítica a la retórica del feminismo de los años setenta puede encontrarse su compromiso con esa fidelidad, con la necesidad de partir de sí incluso en momentos cruciales, cuando puedes ser incomprendida, cuando puedes sentirte sola y criticada. Puede que sea en esos momentos, históricamente, cuando se llega a un crecimiento mayor. De ese modo, Martín Gaité, al establecer su distancia respecto a algo en lo que no cree, pone en circulación la posibilidad de un nuevo crecimiento, si nos preocupamos de escucharla.

notas:

1. Luce Irigaray, *Yo, tú, nosotras*, 1990 (Cátedra, Madrid, 1992)
2. Eds. Servodidio y Welles, *From Fiction to Metafiction: Essays in Honor of Carmen Martín Gaité*, Society of Spanish and Spanish-American Studies, Lincoln, Nebraska 1983, p. 19.
3. *Desde la ventana*, Espasa Calpe, Madrid 1987, p.29.
4. Destino, Barcelona, 1958.
5. *El balneario*, Afrodísio Aguado, Madrid, 1955.
6. «One Autobiography, Twice Told», Joan Lipman Brown, *Hispanic Journal* 7, 1986, p.37-44.
7. "Entre visillos" María Alfaro, *Insula* 138-139, 1958, p.13.
8. «Entrevista con Carmen Martín Gaité», Federico Campbell, *Infame Turba Lumen*, 1971, p.306.
9. *Usos amorosos de la postguerra española*, Anagrama, Barcelona, 1987, p.26.
10. Seix Barral, Barcelona, 1963
11. *La búsqueda de interlocutor y otras búsquedas*, Nostromo, Madrid, 1973.
12. Siglo XXI de España, Madrid, 1973.
13. «La autoridad femenina. Encuentro con Lia Cigarini», *Duoda* 7, Universidad de Barcelona, 1994, p.55-82.
14. "Notas de una estética de la diferencia sexual", María-Milagros Rivera, *El viejo topo*, 113, Enero 1998.
- 15 Ver *Non credere di avere dei diritti*, Rosenberg y Sellier, Turín, 1987 (*No creas tener derechos*, cuadernos inacabados, Horas y horas, Madrid, 1991).